

“El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío” (Lucas 14, 25-33)

El evangelio nos dice que mucha gente seguía a Jesús. En una ocasión, dándose vuelta, les presentó las exigencias del seguimiento: posponer los afectos, llevar la cruz, renunciar a los bienes. Consciente que estaba poniendo el listón muy alto les invita a *“calcular los gastos”*, a medir las propias fuerzas. Y es que el Señor no se anda con medias tintas a la hora de proponer un nuevo estilo de vida.

Reflexionar sobre las exigencias del discipulado a la luz de la conmemoración de los Fieles Difuntos, que acabamos de celebrar, resulta particularmente luminoso. La provisionalidad de nuestra existencia terrenal resulta un elemento clave para comprender qué tiene sentido permanente y qué no.

He escogido el párrafo que hace relación a la renuncia de los bienes porque es el más evidente. Las cosas se tienen, se acumulan, se celan... o se reducen a lo necesario y se comparten. En ambos modelos está en juego la libertad para vivir, desde una espiritualidad de despojo, de sobriedad, de fidelidad al evangelio.

El rostro comprometido de la renuncia a los bienes es el de la solidaridad. Compartir cuanto se tiene, como paso necesario para compartir cuanto se es.

Proyectar en lo individual esta llamada resulta más o menos claro. ¿Qué decir cuando se trata de lo corporativo, de lo institucional? ¿Podemos ser pobres a nivel personal insertos en instituciones ricas? ¡Toda una cuestión! ¿Se puede ser pobres evangélicos en medio de la riqueza?

El texto que estamos reflexionando resulta tan claro como incómodo. Cualquiera sea el contexto seguirá siendo fundamental una respuesta individual marcada por el sentido de desapego, servicio y solidaridad.

En todo caso sigue en pie la cuestión corporativa o institucional y en este sentido son numerosas las iniciativas que las instituciones eclesiales desarrollan para promover una coherencia evangélica que siempre está en estrecha relación con la primera experiencia carismática de los fundadores y las primeras comunidades.

Así ocurrió con el carisma Hospitalario. Pensemos en María Josefa y María Angustias y sus primeros tiempos en Ciempozuelos o en los procesos fundacionales de los centros. La austeridad estaba radicalmente presente en la vida de las Hermanas. La pobreza sociológica no es un bien y debemos luchar para aliviar sus efectos y, en lo posible, superarla. La austeridad evangélica es un valor en sí misma y nos dispone a la solidaridad.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

